

Jay Asher

Por trece razones



Título de la edición original: *Thirteen Reasons Why*

Primera edición en esta colección: febrero, 2009

© Jay Asher, 2007

Razorbill

A division of Penguin Young Readers Group

Published by the Penguin Group

Penguin Group (USA)

345 Hudson Street

New York, NY 10014

© de la traducción, María Pardo Vuelta, 2009

© de la presente edición, 2009, Ediciones Ámbar, S.L.

Rambla Can Mora, 18, local 2, 08172 – Sant Cugat del Vallés (Barcelona)

<http://www.ediambar.es>

Diseño de la portada: dtm+tagstudy

Printed in Spain

ISBN: 978-84-936784-4-9

Depósito legal: B-2939-2009

Impreso y encuadernado en Liberdúplex

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

A JoanMarie

—¿Señor? —me repite ella— ¿Cuánto le gustaría que tardase en llegar?

Froto dos dedos, con fuerza, sobre la ceja izquierda. El latido se ha vuelto intenso.

—No importa —digo.

La empleada coge el paquete. La misma caja de zapatos que estaba en mi porche hace menos de veinticuatro horas, envuelta de nuevo en una bolsa de papel marrón, sellada con cinta de embalar transparente, exactamente igual que la había recibido yo. Pero ahora está dirigida a un nombre nuevo. El siguiente en la lista de Hannah Baker.

—La docena del panadero¹ —murmuré. Después me siento asqueado por tan siquiera haberme dado cuenta de eso.

—¿Perdón?

1. «La docena del panadero» es una expresión anglosajona que equivale a una docena más uno. El autor hace un juego de palabras entre el apellido de la chica y la palabra panadero (en inglés, *baker*). (*N. de la t.*)

Niego con la cabeza.

—¿Cuánto es?

Deja la caja sobre una alfombrilla de goma y marca una serie de números en el teclado.

Dejo mi café de gasolinera sobre el mostrador y miro para la pantalla. Saco unos cuantos billetes de la cartera, busco unas monedas en el bolsillo y dejo el dinero sobre el mostrador.

—Creo que el café aún no le ha hecho efecto —dice ella—. Le falta un dólar.

Le tiendo el dólar que faltaba y después me frotó los ojos para quitarme el sueño. El café está tibio cuando le doy un sorbo, lo que hace que sea más difícil tragármelo. Pero necesito despertarme de alguna forma.

O quizá no. Quizá sea mejor pasar el día medio dormido. Quizá sea la única forma de ir pasando el día de hoy.

—Debería llegar a esta dirección mañana —después deja caer la caja dentro de un carrito detrás de ella.

Debería haber esperado a salir del instituto. Debería haberle concedido a Jenny un último día de paz.

A pesar de que no se lo merezca.

Cuando llegue a casa mañana, o al día siguiente, se encontrará un paquete en la puerta. O si su madre, o su padre, o cualquier otra persona llega primero, quizá se lo encontrará sobre la cama. Y se emocionará. Yo estaba emocionado. ¿Un paquete sin remite? ¿Lo habrán olvidado, o será hecho a propósito? ¿Será quizá de un admirador secreto?

—¿Quiere el tique? —me pregunta la dependienta.

Meneo la cabeza.

Una pequeña impresora saca uno de todas formas. Miro como arranca el papel contra el plástico en forma de sierra y lo tira a una papelera.

Solo hay una oficina de correos en el pueblo. Me pregunto si esta misma empleada habrá ayudado a las otras personas de la lista, a los que recibieron este paquete antes que yo. ¿Habrán conservado el tique a modo de enfermizo recuerdo? ¿Lo habrán guardado en el cajón de la ropa interior? ¿Lo habrán clavado en un tablón de corcho?

Casi le pido que me devuelva el tique. Casi digo:

—Lo siento, ¿podría dármelo? —de recuerdo.

Pero si quisiera tener un recuerdo, podría haber hecho copias de las cintas o guardado el mapa. Pero no quería volver a escuchar nunca más esas cintas, a pesar de que su voz no abandonará nunca mi cabeza. Y las casas, las calles y el instituto siempre estarán ahí para recordármelo.

Ahora está fuera de mi control. El paquete está de camino. Salgo de la oficina de correos sin el tique.

En algún lugar profundo bajo mi ceja izquierda, la cabeza todavía me late. Cada trago que tomo tiene un gusto amargo, y cuanto más me acerco al instituto, más cerca estoy de desplomarme.

Quiero desplomarme. Quiero caer allí mismo sobre la acera y arrastrarme hacia la hiedra. Porque justo detrás de la hiedra la acera hace una curva, siguiendo la parte exterior del aparcamiento del instituto. Pasa a través del jardín delantero y se mete dentro del edificio principal. Lleva hasta las puertas principales y se mete por un pasillo, que continúa serpenteando entre hileras de taquillas y clases a ambos lados, para acabar entrando por la puerta siempre abierta para la primera clase.

En la parte delantera del aula, de cara a los alumnos, estará la mesa del señor Porter. Él será el último en recibir un paquete sin remite. Y, en medio de la sala, a un pupitre a la izquierda del de él, estará el pupitre de Hannah Baker.

Vacío.

AYER UNA HORA DESPUÉS DEL INSTITUTO

Un paquete del tamaño de una caja de zapatos está colocado contra la puerta principal, en ángulo. En la puerta de nuestra casa hay una pequeña abertura para meter el correo, pero cualquier cosa más gruesa que una pastilla de jabón se queda fuera. Un apresurado garabato en el envoltorio dirige el paquete a Clay Jensen, así que lo cojo y entro.

Llevo el paquete a la cocina y lo dejo sobre la encimera. Abro el cajón de los trastos y saco unas tijeras. Después paso uno de los filos de la tijera alrededor del paquete y levanto la parte superior. Dentro de la caja de zapatos hay un tubo enrollado envuelto en plástico de burbujitas. Lo desenvuelvo y descubro siete cintas de casete sueltas.

Cada cinta tiene un número escrito en azul oscuro sobre la esquina derecha, seguramente con esmalte de uñas. Cada cara tiene un número. Uno y dos en la primera cinta, tres y cuatro en la siguiente, cinco y seis, y así continúa. La última cinta tiene un trece en una cara, pero no hay nada escrito en la otra.

¿Quién me habrá enviado una caja llena de cintas de casete? Ya

nadie escucha cintas. ¿Tengo tan siquiera un reproductor en el que escucharlas?

¡El garaje! El radiocasete del banco de herramientas. Mi padre lo compró en un mercadillo de jardín por cuatro duros. Es viejo, así que no le importa que se cubra de serrín o se salpique de pintura. Y lo mejor de todo, se pueden escuchar cintas.

Arrastro una banqueta hasta colocarla delante del banco de herramientas, tiro la mochila al suelo y después me siento. Aprieto el botón de *Eject*. Una puertecita de plástico se abre e introduzco la primera cinta.